

EL VIAJE DE RIVA-AGÜERO

Enrique Chirinos Soto

A casi cuarenta y cinco años de distancia, en 1956, me tocó repetir el itinerario que en 1912, cumplió don José de la Riva-Agüero y Osma por el Perú profundo y que es el origen y el tema del más bello de sus libros: *Paisajes Peruanos*.

El propósito del viaje de Riva-Agüero era, precisamente el de conocer el Perú. Don Manuel González Prada, que tan furibundamente habla de los indios, no los conocía. No salió de Lima sino para trasladarse a París. Riva-Agüero quiso, pausada y meditativamente, penetrar en la entraña dolorida y titánica de nuestro país, como -antes que él- sólo lo habían hecho los conquistadores y los misioneros.

Por mi parte, recorrí también el Perú en misión periodística: para dar cuenta en *La Prensa*, de la atmósfera política en el ocaso del gobierno de Odría y en vísperas de las elecciones de 1956. Sólo me alcanzó el tiempo para el Sur de la República y una parte del Centro. Riva-Agüero escribió, guardó y limó sus crónicas para publicarlas, años después en la revista *Mercurio Peruano*. Yo publiqué las mías al ritmo presuroso de mi viaje y los acontecimientos.

Riva-Agüero hace por mar la travesía desde el Callao hasta Mollendo. Desde allí, se dirige por ferrocarril a Arequipa y de allí a Puno, el lago Titicaca, las ruinas de Tiahuanaco y La Paz. Yo no visité La Paz en esa oportunidad. Siempre por tren, llega a Sicuani y el Cuzco. Su viaje propiamente -el que es materia de su relato- comienza a la salida de la ciudad imperial.

Yo viaje por tierra, en automóvil, de Lima a Arequipa, deteniéndome en Ica, Nazca, Camaná, para denunciar los sucesivos cacicatos entonces imperantes. De Arequipa, me trasladé a Tacna en avión. Riva-Agüero no viajó hasta Tacna. De allí volví a Arequipa y, en tren fui a Puno y de allí al Cuzco, ciudad que yo ya conocía: la había visitado en 1949, también en misión periodística, en compañía de Arturo Villegas Romero, víctima ilustre de la revolución arequipeña de 1950.

Desde la salida del Cuzco, mi trayectoria es idéntica a la de Riva-Agüero: la llanura de Anta, Abancay, Andahuaylas, Talavera, Ayacucho, Huancayo, el convento de Ocopa y por fin Lima. Yo viajaba en automóvil del servicio público, sola mi alma, aparte del chofer. Riva-Agüero, a caballo o, por la mayor parte del tiempo, a lomo de mula y rodeado de un séquito de amigos y criados.

"Riva-Agüero -dice Porras- que era el tipo más pícnico que asténico, poco deportivo e inhábil para todo lo manual, era sin embargo, como caballero de estirpe, magnífico jinete"...

Riva-Agüero tenía 27 años; yo, 26. Los medios de transporte a mi disposición eran más veloces que los que pudo emplear Riva-Agüero. Su viaje tomó varios meses, hasta cuatro según entiendo. El mío, tres semanas. Yo no era Riva-Agüero, pero tenía una inmensa ventaja sobre él: en la mochila o su equivalente llevaba yo la primera edición de los *Paisajes Peruanos* con el admirable estudio preliminar de Raúl Porras Barrenechea, tan valioso como el texto al que sirve de prólogo. Yo confrontaba, por supuesto, los paisajes que se ofrecían a mi vista con las páginas pergeñadas y cinceladas por Porras y por Riva-Agüero.

Del Cuzco he pensado siempre, como Riva-Agüero, que es "el corazón y el símbolo del Perú". Y he visto aquellas casas que se agolpan y trepan hacia el verde cerro de Sacsahuamán "como un rebaño de alpacas blancas". Y he contemplado el Ausangate que, bajo la rutilación del aire, "alza su cima de nieves como un palio de gloria".

A cada paso, en la llanura de Anta, también surgía para mí "un lejano recuerdo histórico, feroz y fúnebre como un cráter extinto".

Al tropezarme con el poderoso Apurímac repetía la plegaria de Riva-Agüero:

"Cantado por los poetas, cruzado por incas y libertadores, testigo de las guerras y disensiones de la Conquista, eje de toda nuestra historia, inviolado por la invasión chilena, es la gigante voz de la patria, el sacro río de los vaticinios que, naciendo entre riscos saturados de leyendas y recuerdos, corre impaciente a dilatarse en las llanuras amazónicas"...

Y a la distancia he admirado así mismo los Andes soberbios que, coronados de blancos cirros y armiñados de nieve, "se encumbran imponiendo su religiosa majestad en la solemne armonía azul y oro de la tarde".

Del cielo despejadísimo de Ayacucho, dice Riva-Agüero que es "el de mayor fama en el Perú y uno de los más hermosos del mundo". Yo, que soy de Arequipa, convengo en ese aserto. Allí, me tocó en suerte una puesta de sol exactamente como la que, tan poderosamente, pintó y hasta esculpió Riva-Agüero en estos términos:

"En el sol guiaba sosegadamente su rebaño de blancas nubes, y proyectaba reflejos áureos sobre los diversos cultivos y los pastos en que se movían los ganados. Su meditativa claridad tenía la dulce majestad con que imaginamos la augusta vejez de los héroes. Soplabla fresco el viento; y apenas, en algunas hoyadas y faldas, se adensaban las sombras. Cuando, casi de improviso, se incendiaron las cumbres, flameó el anfiteatro de los montes, y las nubes, ebrias de luz, se bordaron de franjas carmesíes y gualdas. Pareció una vida serena que de pronto acabara en el fragor de una tragedia orgullosa".

"En el cruel esplendor del crepúsculo, los Andes, abruptos y violáceos, descubrieron nuevas alturas sucesivas, se superpusieron hacia todos los puntos del horizonte, fingieron arremolinarse y crecer todavía más en estupenda proporción, como inmensas olas de amatista. Los ardientes arboles semejaban unos, castillos desmesurados; otros, dragones y carabelas fantásticas; y los de enfrente refulgían como armaduras de pedrería y bronce. El tramonto hizo alarde de su pompa suntuosa y fúnebre como la de una reina viuda. Entre estos fulgores del celeste mosaico, vibró como una gota de plata el lucero de la tarde, el *Arányaj Huari Chascja*, doncel favorito del sol, según la mitología peruana, que sacude en la penumbra los rizos de su cabellera centelleante"...

"Las tinieblas se agolparon en el valle y extendieron sus sinuosos pliegues, bajo las nubes que se descoloraban rápidamente como en una lluvia de rosas y de cenizas moradas. El cielo en unos trozos era color de perla, en otros presentaba manchas lilas y verdes, o profundizaba en largas ensenadas el añil de su azul; y en esta gama cambiante florecían inquietas las estrellas. No se oía más rumor que el paso de nuestras cabalgaduras y el correr de los arroyos. Una cima, al occidente, brillaba solitaria, en exasperado y moribundo ardor; y sobre los negros cerros de la derecha ascendía la luna, curva y dorada, como una caricia apaciguadora tras el tumulto deslumbrante del ocaso".

No hay página comparable a ésta en la literatura peruana. □

* Artículo publicado por su autor en *El Comercio* del 27 de diciembre de 1994.